

PROLOGO.

determinado las alabanzas ni los vituperios. En fin, pues ya esta ocasion se pasó, y yo he quedado en blanco y sin figura, será forzoso valerme por mi pico, que aunque tartamudo, no lo será para decir verdades, que dichas por señas suelen ser entendidas. Y así te digo (otra vez lector amable) que destas novelas que te ofrezco, en ningún modo podrás hacer pepitoria, porque no tienen piés ni cabeza, ni entrañas, ni cosa que les parezca: quiero decir, que los requiebros amorosos que en algunas hallarás, son tan honestos y tan medidos con la razon y discurso cristiano, que no podrán mover á mal pensamiento al descuidado ó cuidadoso que las leyere. Héles dado el nombre de *Ejemplares*, y si bien lo miras, no hay ninguna de quien no se pueda sacar un ejemplo provechoso; y si no fuera por no alargar este sujeto, quizá te mostrara el sabroso y honesto fruto que se podría sacar, así de todas juntas, como de cada una de por sí. Mi intento ha sido poner en la plaza de nuestra república una mesa de trucos, porque los ejercicios honestos y agradables antes de barras: digo, sin daño del alma ni del cuerpo, porque los ejercicios honestos y agradables antes aprovechan que dañan. Si; que no siempre se está en los templos, no siempre se ocupan los oratorios, no siempre se asiste á los negocios por calificados que sean: horas hay de recreacion, donde el afligido espíritu descansa: para este efeto se plantan las alamedas, se buscan las fuentes, se allanan las cuevas, y se cultivan con curiosidad los jardines. Una cosa me lleva á quien las leyera á algun por algun modo alcanzara que la leccion de estas novelas pudiera inducir á quien las leyera á algun mal deseo ó pensamiento, antes me cortara la mano con que las escribí, que sacarlas en público: mi edad no está ya para burlarse con la otra vida, que al cincuenta y cinco de los años gano por nueve mas, y por la mano. A esto se aplicó mi ingenio, por aquí me lleva mi inclinacion, y mas que me doy á entender (y es así) que yo soy el primero que he novelado en lengua castellana; que las muchas novelas que en ella andan impresas, todas son traducidas de lenguas extranjeras, y estas son mias propias, no imitadas ni hurtadas: mi ingenio las engendró y las parió mi pluma, y van creciendo en los brazos de la estampa. Tras ellas, si la vida no me deja, te ofrezco los *Trabajos de Pérsiles*, libro que se atreve á competir con Heliodoro, si ya por atrevido no sale con las manos en la cabeza: y primero verás, y con brevedad, dilatadas las hazañas de *Don Quijote* y *dobajos de Pérsiles*, libro que se atreve á competir con Heliodoro, si ya por atrevido no sale con las manos en la cabeza: y luego las *Semanas del Jardin*. Mucho prometo con fuerzas tan pocas como las mias; pero ¿quién pondrá rienda á los deseos? Solo esto quiero que consideres: que pues yo he tenido osadía de dirigir estas novelas al gran conde de Lemos, algun misterio tienen escondido, que las levanta. No mas, sino que Dios te guarde, y á mi me dé paciencia para llevar bien el mal que han de decir de mi mas de cuatro sotiles y almidonados. Vale.

## AL AUTOR, POR VARIOS INGENIOS.

### DEL MARQUES DE ALCAÑICES.

Si en el moral ejemplo y dulce aviso,  
CERVANTES, de la diestra grave lira,  
En docta trásis el concepto mira  
El lector retratado un paraíso;

Mira mejor, que con el arte quiso  
Vuestro ingenio sacar de la mentira  
La verdad, cuya llama solo aspira  
A lo que es voluntario hacer preciso.

Al asunto ofrecidas las memorias  
Dedica el tiempo, que en tan breve suma  
Caben todos sacintos los extremos.

Y es noble calidad de vuestras glorias,  
Que el uno se le deha á vuestra pluma,  
Y el otro á las grandezas del de Lemos.

### DE FERNANDÓ BERMUDEZ CARBAJAL.

Hizo la memoria clara  
De aquel Dédalo ingenioso  
El laberinto famoso,  
Obra peregrina y rara:  
Mas si tu nombre alcanzara  
Creta en su monstruo erúel,  
Le diera al bronce y pincel,  
Cuando en términos distintos  
Viera en doce laberintos  
Mayor ingenio que en él.  
Y si la naturaleza  
En la mucha variedad  
Enseña mayor beldad,  
Mas artificio y belleza:  
Celebre con mas presteza  
Cervantes raro y sutil,  
Aqueste florido abril,  
Cuya variedad admira  
La fama veloz, que mira  
En él variedades mil.

### DE DON FERNANDO DE LODEÑA.

Dejad, nereidas, del albergue umbroso  
Las piezas de cristales fabricadas,  
De la espuma líquera mal teñidas,  
Si bien guarnidas de coral precioso:

Salid del sitio ameno y deleitoso,  
Driadades de las selvas no tocadas:  
Y vosotras, ó musas celebradas,  
Dejad las fuentes del licor copioso:

Todas juntas traed un ramo solo  
Del árbol en quien Dafne convertida  
Al rubio dios mostró tanta dureza;

Que cuando no lo fuera para Apolo,  
Hoy se hiciera laurel por ver cenida  
A MIGUEL DE CERVANTES la cabeza.

### A LOS LECTORES.

#### POR JUAN DE SOLIS MEJIA.

GENTIL HOMBRE CORTESANO.

¡Oh tú, que aquestas fábulas leiste!  
Si lo secreto dellas contemplaste,  
Verás que son de la verdad engaste  
Que por tu gusto tal disfraz se viste.

Bien, CERVANTES insigne, conociste  
La humana inclinacion, cuando mezclaste  
Lo dulce con lo honesto, y lo templaste  
Tan bien, que plato al cuerpo y alma hiciste.

Rica y pomposa vas, filosofía:  
Ya, dotrina moral, con este traje  
No habrá quien de ti burle ó te desprecie.

Si agora te faltare compañía,  
Jamás esperes del mortal linaje  
Que tu virtud y tus grandezas precio.

## LA JITANILLA.

PARECE que los jitanos y jitanas solamente nacieron en el mundo para ser ladrones: nacen de padres ladrones, crianse con ladrones, estudian para ladrones, y finalmente salen con ser ladrones corrientes y molientes á todo ruedo; y la gana de hurtar y el hurtar son en ellos como accidentes inseparables que no se quitan sino con la muerte. Una pues de esta nacion, jitana vieja, que podia ser jubilada en la ciencia de Cacó, crió una muchacha en nombre de nieta suya, á quien puso por nombre Preciosa, y á quien enseñó todas sus jitanerías y modos de embelecios y trazas de hurtar. Salió la tal Preciosa la mas única bailadora que se hallaba en todo el jitanismo, y la mas hermosa y discreta que pudiera hallarse, no entre los jitanos, sino entre cuantas hermosas y discretas pudiera pregonar la fama. Ni los soles, ni los aires, ni todas las inclemencias del cielo, á quien mas que otras gentes están sujetos los jitanos, pudieron deslustrar su rostro ni curtir sus manos; y lo que es mas, que la crianza tosca en que se criaba, no descubria en ella sino ser nacida de mayores prendas que de jitana, porque era en extremo cortés y bien razonada: y con todo esto era algo desenvuelta, pero no de modo que descubriese algun género de deshonestidad; ántes con ser aguda era tan honesta, que en su presencia no osaba alguna jitana vieja ni moza cantar cantares lascivos, ni decir palabras no buenas: y finalmente, la abuela conoció el tesoro que en la nieta tenia, y así determinó el águila vieja sacar á volar su aguilucho, y enseñarle á vivir por sus uñas. Salió Preciosa rica de villancicos, de coplas, seguidillas y zarabandas y de otros versos, especialmente de romances, que los cantaba con especial donaire; porque su taimada abuela echó de ver que tales juguetes y gracias en los pocos años y en la mucha hermosura de su nieta habian de ser felicisimos atractivos é incentivos para acrecentar su candal; y así se los procuró y buscó por todas las vias que pudo; y no faltó poeta que se los diese; que tambien hay poetas que se acomodan con jitanos, y les venden sus obras, como los hay para ciegos, que les fingen milagros, y van á la parte de la ganancia: de todo hay en el mundo, y esto de la hambre tal vez hace atrojar los ingenios á cosas que no están en el mapa. Crióse Preciosa en diversas partes de Castilla, y á los quince años de su edad su abuela putativa la volvió á la corte y á su antiguo rancho, que es donde ordinariamente le tienen los jitanos, en los campos de Santa Bárbara, pensando en la corte vender su mercadería, donde todo se compra y todo se vende. Y la primera entrada que hizo Preciosa en Madrid, fué un día de Santa Ana, patrona y abogada de la villa, con una danza en que iban ocho jitanas, cuatro ancianas y cuatro muchachas, y un jitano, gran bailarín, que las guiaba; y aunque todas iban limpias y bien aderezadas, el aseo de Preciosa era tal que poco á poco fué enamorando los ojos de cuantos la miraban. De entre el son del tamboril y castañetas y fuga del baile salió un rumor que encarecía la belleza y donaire de la Jitanilla, y corrian los muchachos á verla, y los hombres á mirarla; pero cuando la oyeron cantar, por ser la danza cantada, allí fué ello, allí sí que cobró aliento la fama de la Jitanilla, y de comun

consentimiento de los diputados de la fiesta desde luego le señalaron el premio y joya de la mejor danza; y cuando llegaron á hacerla en la iglesia de Santa María delante de la imágen de la gloriosa Sta. Ana, despues de haber bailado todas, tomó Preciosa unas sonajas, al son de las cuales, dando en redondo largas y lijerisimas vueltas, cantó el romance siguiente.

Arbol preciosísimo,  
Que tardó en dar fruto  
Años que pudieron  
Cubrirle de luto,  
Y hacer los deseos  
Del consorte puros,  
Contra su esperanza  
No muy bien seguros:  
De cuyo tardarse  
Nació aquel disgusto,  
Que lanzó del templo  
Al varon mas justo:  
Santa tierra estéril,  
Que al cabo produjo  
Toda la abundancia  
Que sustenta el mundo:  
Casa de moneda  
Do se forjó el cuño  
Que dió á Dios la forma,  
Que como hombre tuvo:  
Madre de una hija,  
En quien quiso y pudo  
Mostrar Dios grandezas  
Sobre humano curso:

Por vos y por ella  
Sois, Ana, el refugio,  
Do van por remedio  
Nuestros infortunios  
En cierta manera  
Tenéis, no lo dudo,  
Sobre el nielo imperio  
Piadoso y justo.  
A ser comunera  
Del alcázar sumo,  
Fuera mil parientes  
Con vos de consumo.  
¿Qué hija! qué nieta!  
Y ¿qué yerno! Al punto  
A ser causa justa,  
Cantárades triunfos.  
Pero vos humilde  
Fuisteis el estudio,  
Donde vuestra hija  
Hizo humildes cursos.  
Y ahora á su lado  
A Dios el mas junto  
Gozais del alteza  
Que apenas barrunto.

El cantar de Preciosa fué para admirar á cuantos la escuchaban. Unos decian: Dios te bendiga, la muchacha. Otros: Lástima es que esta mozuela sea jitana; en verdad, en verdad que merecia ser hija de un gran señor. Otros habia mas groseros que decian: Dejen crecer á la rapaza, que ella hará de las suyas; á fe que se va añadiendo en ella gentil barredera para pescar corazones. Otro mas humano, mas basto y mas modorro, viéndola andar tan lijera en el baile, le dijo: A ello, hija, á ello, andad, amores; y pisad el polvito á tan menudito. Y ella respondió sin dejar el baile: Y pisaré yo á tan menudito. Acabáronse las vísperas y la fiesta de Sta. Ana, y quedó Preciosa algo cansada, pero tan celebrada de hermosa, de aguda y de discreta y bailadora, que á corrillos se hablaba della en toda la corte. De allí á quince días volvió á Madrid, como tenia de costumbre, con otras tres muchachas con sonajas y con un baile nuevo, todas apercebidas de romances y de cantarillos alegres, pero todos honestos; que no consentia Preciosa que las que fuesen en su compañía cantasen cantares descompuestos, ni ella los cantó jamas, y muchos miraron en ello, y la tuvieron en mucho. Nunca se apartaba della la jitana vieja, hecha su Argos, temerosa no se la despabilasen y traspusiesen; llamábala nieta, y ella la tenia por abuela. Pusieronse á bailar á la sombra en la calle de Toledo por complacer á los que las miraban, y de los que las veían siguiendo se hizo luego un gran corro; y en tanto que bailaban, la vieja pedia limosna á los circunstantes, y llovian en ella ochavos y cuartos como piedras á tablado; que tambien la hermosura tiene fuerza de despertar la caridad dormida. Acabado el baile, dijo Preciosa: Si me dan cuatro cuartos, les cantaré un romance yo sola, lindísimo en extremo, que trata de cuando la reina nuestra señora D.<sup>a</sup> Margarita salió á misa de parida en Valladolid, y fué á San Llorente: dígoles que es fa-

moso, y compuesto por un poeta de los del número, como capitán del batallón. Apenas hubo dicho esto cuando casi todos los que en la rueda estaban dijeron á voces: Cántale, Preciosa, y ves aquí mis cuatro cuartos; y así granizaron sobre ella cuartos, que la vieja no se daba manos á cogernos. Hecho pues su agosto y su vendimia, repicó Preciosa sus sonajas, y al tono correntío y loquesco cantó el siguiente romance.

Salió á misa de parida  
La mayor reina de Europa,  
En el valor y en el nombre  
Rica y admirable joya.  
Como los ojos se lleva,  
Se lleva las almas todas  
De cuantos miran y admiran  
Su devoción y su pompa.  
Y para mostrar que es parte  
Del cielo en la tierra toda,  
A un lado lleva el sol de Austria,  
Al otro la tierra aurora.  
A sus espaldas la sigue  
Un lucero que á deshora  
Salió la noche del día  
Que el cielo y la tierra lloran.  
Y si en el cielo hay estrellas  
Que lucientes carros forman,  
En otros carros su cielo  
Vivas estrellas adornan.  
Aquí el anciano Saturno  
La barba pule y remoza,  
Y aunque tarde, va lijero;  
Que el placer cura la gota.  
El dios parlo en lenguas  
Lisonjeras y amorosas,  
Y Cupido en cifras varias,  
Que rubies y perlas bordan.  
Allí va el furioso Marte  
En la persona curiosa  
De mas de un gallardo jóven  
Que de su sombra se asombra.  
Junto á la casa del sol  
Va Júpiter; que no hay cosa  
Difícil á la privanza  
Fundada en prudentes obras.  
Va la luna en las mejillas  
De una y otra humana diosa,  
Venus casta en la belleza  
De las que este cielo forman.  
Pequeñuelos Ganimedes  
Cruzan, van, vuelven y torcan  
Por el cinto tachonado  
Desta esfera milagrosa.  
Y para que todo admire  
Y todo asombre, no hay cosa  
Que de liberal no pase  
Hasta el extremo de pródigo.  
Milan con sus ricas telas  
Allí va en vista curiosa,  
Las Indias con sus diamantes,  
Y Arabia con sus aromas.  
Con los mal intencionados  
Va la envidia mordedora,  
Y la bondad en los pechos  
De la lealtad española.  
La alegría universal  
Huyendo de la congoja,  
Calles y plazas discurre,  
Descompuesta y casi loca.  
A mil mudas bendiciones  
Abre el silencio la boca,  
Y repiten los muchachos  
Lo que los hombres entonan.

Apenas acabó Preciosa su romance, cuando del ilustre auditorio y grave senado que la oía, de muchas se formó una voz sola que dijo: Torna á cantar, Preciosa, que no faltarán cuartos como tierra. Mas de doscientas personas estaban mirando el baile, y escuchando el canto de las jitanas, y en la mayor fuga del acertó á pasar por allí uno de los tinientes de la villa, y viendo tanta gente junta, preguntó qué era: y fuéle respondido que estaban escuchando á la Jitanilla hermosa que cantaba. Llegóse el tiniente, que era curioso, y escuchó un rato, y por no ir contra su gravedad, no escuchó el romance hasta la fin: y habiéndole parecido por extremo bien la Jita-

Cuál dice: — Fecunda víd,  
Crece, sube, abraza y toca  
El olmo felice tuyo,  
Que mil siglos te haga sombra,  
Para gloria de ti misma,  
Para bien de España y honra,  
Para arrimo de la Iglesia,  
Para asombro de Mahoma.—  
Otra lengua clama y dice:  
—Vivas, ó blanca paloma,  
Que nos has dado por crias  
Aguilas de dos coronas,  
Para ahuyentar de los aires  
Las de rapina furiosas,  
Para cubrir con sus alas  
A las virtudes medrosas.—  
Otra mas discreta y grave,  
Mas aguda y mas curiosa  
Dice, vertiendo alegría  
Por los ojos y la boca:  
—Esta perla que nos diste,  
Nácar de Austria, única y sola,  
¿Qué de máquinas que rompe!  
¿Qué de designios que corta!  
¿Qué de esperanzas que infunde!  
¿Qué de deseos malogra!  
¿Qué de temores aumenta!  
¿Qué de preñados aborta!  
—En esto se llegó al templo  
Del fénix santo que en Roma  
Fué abrasado, y quedó vivo  
En la fama y en la gloria.  
A la imagen de la vida,  
A la del cielo Señora,  
A la que por ser humilde,  
Las estrellas pisa ahora:  
A la Madre y Virgen junto,  
A la Hija y á la Esposa  
De Dios, hincada de hinojos  
Margarita así razona:  
—Lo que me has dado te doy,  
Mano siempre dadivosa;  
Que á do falta el favor tuyo  
Siempre la miseria sobra.  
Las primicias de mis frutos  
Te ofrezco, Virgen hermosa:  
Tales cuales son las mira,  
Recibe, ampara y mejora.  
A su padre te encomiendo;  
Que humano Atlante se encorva  
Al peso de tantos reinos  
Y de climas tan remotas.  
Sé que el corazón del Rey  
En las manos de Dios mora,  
Y sé que puedes con Dios  
Cuanto pidieres piadosa.—  
Acabada esta oracion,  
Otra semejante entonan  
Himnos y voces que muestran  
Que está en el suelo su gloria.  
Acabados los oficios,  
Con reales ceremonias  
Volvió á su punto este cielo  
Y esfera maravillosa.

nilla, mandó á un paje suyo dijese á la jitana vieja que al anochecer fuese á su casa con las jitanillas, que quería que las oyese D.<sup>a</sup> Clara su mujer. Hizolo así el paje, y la vieja dijo que sí iría. Acabaron el baile y el canto, y mudaron lugar; y en esto llegó un paje muy bien aderezado á Preciosa, y dándole un papel doblado, le dijo: Preciosica, canta el romance que aquí va, porque es muy bueno, y yo te daré otros de cuando en cuando, con que cobres fama de la mejor romancera del mundo. Eso aprenderé yo de muy buena gana, respondió Preciosa; y mire, señor, que no me deje de dar los romances que dice, con tal condicion que sean honestos; y si quiere que se los pague, concertémonos por docenas, y docena cantada docena pagada; porque pensar que le tengo de pagar adelantado, es pensar lo imposible. Para papel siquiera que me dé la señora Preciosica, dijo el paje, estaré contento: y mas, que el romance que no saliere bueno y honesto, no ha de entrar en cuenta. A la mía queda el escogerlos, respondió Preciosa: y con esto se fuéron la calle adelante, y desde una reja llamaron unos caballeros á las jitanas. Asomó Preciosa á la reja, que era baja, y vió en una sala muy bien aderezada y muy fresca muchos caballeros que, unos paseándose, y otros jugando á diversos juegos, se entretenían. ¿Quiérenme dar barato, señores? dijo Preciosa, que como jitana hablaba cecoso, y esto es artificio en ellas que no naturaleza. A la voz de Preciosa y á su rostro dejaron los que jugaban el juego, y el paseo los paseantes: y los unos y los otros acudieron á la reja por verla, que ya tenían noticia della, y dijeron: Entren, entren las jitanillas, que aquí les daremos barato. Caro sería ella, respondió Preciosa, si nos pellizcasen. No, á fe de caballeros, respondió uno; bien puedes entrar, niña, segura que nadie te tocará á la vira de tu zapato; no, por el hábito que traigo en el pecho, y púsose la mano sobre uno de Calatrava. Si tú quieres entrar, Preciosa, dijo una de las tres jitanillas que iban con ella, entra enhorabuena, que yo no pienso entrar adonde hay tantos hombres. Mira, Cristina, respondió Preciosa: de lo que te has de guardar es de un hombre solo y á solas, y no de tantos juntos; porque ántes el ser muchos quita el miedo y recelo de ser ofendidas. Advierte, Cristinica, y está cierta de una cosa: que la mujer que se determina á ser honrada, entre un ejército de soldados lo puede ser. Verdad es que es bueno huir de las ocasiones; pero han de ser de las secretas y no de las públicas. Entre mos, Preciosa, dijo Cristina, que tú sabes mas que un sabio. Animólas la jitana vieja, y entraron: y apenas hubo entrado Preciosa, cuando el caballero del hábito vió el papel que traía en el seno, y llegándose á ella, se le tomó, y dijo Preciosa: Y no me le tome, señor, que es un romance que me acaban de dar ahora, que aun no le he leído. Y ¿sabes tú leer, hija? dijo uno. Y escribir, respondió la vieja, que á mi nieta la he criado yo como si fuera hija de un letrado. Abrió el caballero el papel, y vió que venía dentro del un escudo de oro, y dijo: En verdad, Preciosa, que trae esta carta el porte dentro: toma este escudo que en el romance viene. Basta, dijo Preciosa, que me ha tratado de pobre el poeta; pues cierto que es mas milagro darme á mí un poeta un escudo, que yo recibirle: si con esta añadidura han de venir sus romances, traslade todo el Romancero general, y enviémoslos uno á uno, que yo les tentaré el pul-

so, y si vinieren duros, seré yo blanda en recebillos. Admirados quedaron los que oían á la jitanica, así de su discreción como del donaire con que hablaba. Lea, señor, dijo ella, y lea alto, verémos si es tan discreto ese poeta, como es liberal. Y el caballero leyó así:

Jitanica, que de hermosa  
Te pueden dar parabienes,  
Por lo que de piedra tienes  
Te llama el mundo Preciosa.  
De esta verdad me aseguro  
Esto, como en ti verás;  
Que no se aparta jamas  
La esquivéz y la hermosura.  
Si como en valor subido,  
Vas creciendo en arrogancia,  
No le arriendo la ganancia  
A la edad que has nacido.  
Que un basilisco se cria  
En ti que mata mirando,  
Y un imperio, que aunque blando,  
Nos parezca tiranía.  
Entre pobres y aduares  
¿Cómo nació tal belleza?  
¿O cómo oíó tal pieza  
El humilde Manzanares?  
Por esto será famoso  
A par del Tajo dorado,  
Y por Preciosa preciado  
Mas que el Ganges caudaloso.  
Dices la buena ventura,  
Y dasla mala continuo;  
Que no van por un camino  
Tu intencion y tu hermosura.

Porque en el peligro fuerte  
De mirarte ó contemplarte,  
Tu intencion va á desculparte,  
Y tu hermosura á dar muerte.  
Dicen que son hechiceras  
Todas las de tu nacion;  
Pero tus hechizos son  
De mas cuantos y mas veras;  
Pues por llevar los despojos  
De todos cuantos te ven,  
Haces, ó niña, que estén  
Los hechizos en tus ojos.  
En sus fuerzas te adelantas,  
Pues bailando nos admiras,  
Y nos matas, si nos miras,  
Y nos encantas, si cantas.  
De cien mil modos hechizas;  
Hables, calles, cantes, mires,  
O te acerques ó retires,  
El fuego de amor atizas.  
Sobre el mas exento pecho  
Tienes mando y señorío;  
De lo que es festigo el mio,  
De tu imperio satisiecho.  
Preciosa joya de amor,  
Esto humildemente escribe  
El que por ti muere vive.  
Pobre, aunque humilde amador.

En pobre acaba el último verso, dijo á esta sazón Preciosa, mala señal; nunca los enamorados han de decir que son pobres, porque á los principios á mi parecer la pobreza es muy enemiga del amor. ¿Quién te enseña eso, repaza? dijo uno. ¿Quién me lo ha de enseñar? respondió Preciosa; ¿no tengo yo mi alma en mi cuerpo? no tengo ya quince años? No soy manca, ni ronca, ni estropeada del entendimiento: los ingenios de las jitanas van por otro norte que los de las demás gentes; siempre se adelantan á sus años, no hay jitano necio, ni jitana lerda; que como el sustentar su vida consiste en ser agudos, astutos y embusteros, despabilan el ingenio á cada paso, y no dejan que crie mohó en ninguna manera. ¿Ven estas muchachas mis compañeras, que están callando, y parecen bobas? pues entrenles el dedo en la boca, y tiéntenlas las cordales, y verán lo que verán: no hay muchacha de doce que no sepa lo que de veinticinco, porque tienen por maestros y preceptores al diablo y al uso, que les enseña en una hora lo que habían de aprender en un año. Con esto que la Jitanilla decía, tenía suspensos á los oyentes, y los que jugaban le dieron barato, y aun los que no jugaban. Cogió la huécha de la vieja treinta reales, y mas rica y mas alegre que una pascua de flores, antecogió sus corderas, y fué en casa del señor tiniente, quedando que otro día volvería con su manada á dar contento á aquellos tan liberales señores.

Ya tenía aviso la señora D.<sup>a</sup> Clara, mujer del señor tiniente, como habían de ir á su casa las jitanillas, y estaba esperando como agua de mayo ella y sus doncellas y dueñas, con las de otra señora vecina suya, que todas se juntaron para ver á Preciosa; y apenas hubieron entrado las jitanas, cuando entre las demás resplandeció Preciosa, como la luz de una antorcha entre otras luces menores; y así corrieron todas á ella: unas la abrazaban, otras la miraban, estas la bendecían, aquellas la alababan. D.<sup>a</sup> Clara decía: Este sí que se puede decir cabello de oro, estos sí que son ojos de esmeraldas. La señora su vecina la desmenuzaba toda, y hacia pepitoria

de todos sus miembros y coyunturas; y llegando á alabar un pequeño hoyo que Preciosa tenía en la barba, dijo: ¡Ay qué hoyo! en este hoyo han de tropezar cuantos ojos le miraren. Oyó esto un escudero de brazo de la señora D.<sup>a</sup> Clara, que allí estaba, de luenga barba y largos años, y dijo: ¿Ese llama vuesa merced hoyo, señora mia? pues yo sé poco de hoyos, ó ese no es hoyo, sino sepultura de deseos vivos: por Dios tan linda es la Jitanilla, que hecha de plata ó de alcorza no podría ser mejor. ¿Sabes decir la buena ventura, niña? De tres ó cuatro maneras, respondió Preciosa. Y ¿eso mas? dijo D.<sup>a</sup> Clara, por vida del tiniente mi señor, que me la has de decir, niña de oro, y niña de plata, y niña de perlas; y niña de carbunclos, y niña del cielo, que es lo mas que puedo decir. Dénle, dénele la palma de la mano á la niña, y con qué haga la cruz, dijo la vieja, y verán qué de cosas les dice; que sabe mas que un doctor de melecina. Echó mano á la faldriquera la señora tiniente, y halló que no tenía blanca: pidió un cuarto á sus criadas, y ninguna le tuvo, ni la señora vecina tampoco. Lo cual, visto por Preciosa, dijo: Todas las cruces en cuanto cruces son buenas; pero las de plata ó de oro son mejores, y el señalar la cruz en la palma de la mano con moneda de cobre, sepan vuestas mercedes que menoscaba la buena ventura; por lo ménos la mia: y así tengo afición á hacer la cruz primera con algun escudo de oro, ó con algun real de á ocho, ó á lo ménos de á cuatro; que soy como los sacristanes que cuando hay buena ofrenda se regocijan. Donaire tienes, niña, por tu vida, dijo la señora vecina, y volviéndose al escudero le dijo: Vos, señor Contreras, ¿tendréis á mano algun real de á cuatro? dádmele, que en viniendo el doctor mi marido os le volveré. Sí tengo, respondió Contreras, pero téngole empeñado en veinte y dos maravedís que cené anoche: dénmelos, que yo iré por él en volandas. No tenemos entre todas un cuarto, dijo D.<sup>a</sup> Clara, ¿y pedis veinte y dos maravedís? Andad, Contreras, que siempre fuisteis impertinente. Una doncella de las presentes, viendo la esterilidad de la casa, dijo á Preciosa: Niña, ¿hará algo al caso que se haga la cruz con un dedal de plata? Antes, respondió Preciosa, se hacen las cruces mejores del mundo con dedales de plata, como sean muchos. Uno tengo yo, repicó la doncella; si este basta, hélé aquí, con condicion que tambien se me ha de decir á mí la buena ventura. ¡Por un dedal tantas buenas venturas! dijo la jitana vieja: nieta, acaba presto, que se hace noche. Tomó Preciosa el dedal, y la mano de la señora tiniente, y dijo:

Hermosita, hermosa,  
La de las manos de plata,  
Mas te quiere tu marido  
Que al rey de las Alpujarras.  
Eres paloma sin hiel,  
Pero á veces eres brava  
Como leona de Oran,  
O como tigre de Ocaña.  
Pero en un tras, en un tris,  
El ojo se te pasa,  
Y quedas como alfenique,  
O como cordera mansa.  
Riñes mucho, y comes poco;  
Algo celosita andas;  
Que es jugueton el tiniente,  
Y quiere arrimar la vara.  
Cuando doncella te quiso  
Uno de una buena cara;  
Que mal hayan los terceros  
Que los gustos desbaratan.  
Si á dicha tú fueras monja,  
Hoy tu convento mandarás,

Porque tienes de abadesa  
Mas de cuatrocientas rayas.  
No te lo quiero decir,  
Pero poco importa, vaya  
Enviudarás gira vez,  
Y otras dos serás casada.  
No flores, señora mia,  
Que no siempre las jitanas  
Decimos el Evangelio;  
No flores, señora, acaba.  
Como te mueras primero  
Que el señor tiniente, basta  
Para remediar el daño  
De la viudez que amenaza.  
Has de heredar y muy presto  
Hacienda en mucha abundancia;  
Tendrás un hijo canónigo,  
La iglesia no se señala,  
De Toledo no es posible.  
Una hija rubia y blanca  
Tendrás, que si es religiosa,  
Tambien vendrá á ser prelada.

Si tu esposo no se muere  
Dentro de cuatro semanas,  
Verásle corregidor  
De Burgos ó Salamanca.  
Un lunar tienes: ¡qué lindo,  
¡Ay Jesús, qué luna clara!  
¡Qué sol, que allá en los antipodas  
Escuros valles aclara!  
Mas de dos ciegos por verte  
Dieran mas de cuatro blancas:

Agora sí es la risica;  
¡Ay, que bien haya esa gracia!  
¡Guardate de las caídas,  
Principalmente de espaldas;  
Que suelen ser peligrosas  
En las principales damas.  
Cosas hay mas que decirte:  
Si para el viernes me aguardas,  
Las oírás, que son de gusto,  
Y algunas hay de desgracias.

Acabó su buenaventura Preciosa, y con ella encendió el deseo de todas las circunstancias en querer saber la suya, y así se lo rogaron todas; pero ella las remitió para el viernes venidero, prometiéndoles que tendrían reales de plata para hacer las cruces. En esto vino el señor tiniente, á quien contaron maravillas de la Jitanilla: él las hizo bailar un poco, y confirmó por verdaderas y bien dadas las alabanzas que á Preciosa habían dado: y poniendo la mano en la faldriquera, hizo señal de querer darle algo; y habiéndola espulgado y sacudido, y rascado muchas veces, al cabo sacó la mano vacía, y dijo: Por Dios que no tengo blanca, dadle vos, doña Clara, un real á Preciosa, que os le daré despues. Bueno es eso, señor, por cierto; sí, ahí está el real de manifiesto: no hemos tenido entre todas nosotras un cuarto para hacer la señal de la cruz, ¿y quiere que tengamos un real? Pues dadle alguna valoneica vuestra, ó alguna cosa, que otro dia nos volverá á ver Preciosa, y la regalaremos mejor. A lo cual dijo D.<sup>a</sup> Clara: Pues porque otra vez venga, no quiero dar nada ahora á Preciosa. Antes si no me dan nada, dijo Preciosa, nunca mas volveré acá: mas, sí, volveré á servir á tan principales señores; pero traeré tragado que no me han de dar nada, y ahorraréme la fatiga del esperarlo. Coheche vuesa merced, señor tiniente, coheche y tendrá dineros, y no haga usos nuevos, que morirá de hambre. Mire, señor, por ahí he oído decir (y aunque moza, entiendo que no son buenos dichos) que de los oficios se ha de sacar dineros para pagar las condiciones de las residencias, y para pretender otros cargos. Así lo dicen y lo hacen los desalmados, replicó el tiniente; pero el juez que da buena residencia, no tendrá que pagar condenacion alguna, y el haber usado bien su oficio, será el valedor para que le den otro. Habla vuesa merced muy á lo santo, señor tiniente, respondió Preciosa; ándese á eso, y cortarémosle de los harapos para reliquias. Mucho sabes, Preciosa, dijo el tiniente: calla, que yo daré traza que sus Majestades te vean, porque eres pieza de reyes. Querránme para truhana, respondió Preciosa, y yo no lo sabré ser, y todo irá perdido; si me quisiesen para discreta, aun llevaréme; pero en algunos palacios mas medran los truhanes que los discretos: yo me hallo bien con ser jitana y pobre, y corra la suerte por donde el cielo quisiere. Ea, niña, dijo la jitana vieja, no hables mas, que has hablado mucho, y sabes mas de lo que yo te he enseñado; no te asotiles tanto, que te despuntarás: habla de aquello que tus años permiten, y no te metas en altanerías, que no hay ninguna que no amenace caída. El diablo tienen estas jitanas en el cuerpo, dijo á esta sazón el tiniente. Despidiéronse las jitanas, y al irse dijo la doncella del dedal: Preciosa, dime la buenaventura, ó vuélveme mi dedal, que no me queda con que hacer labor. Señora doncella, respondió Preciosa, haga cuenta que se la he dicho, y provéase de otro dedal, ó no haga vainillas hasta el viernes, que yo volveré, y le diré mas venturas y aventuras que las que tiene un libro de caba-

llerías. Fuéronse, y juntáronse con las muchas labradoras que á la hora de las Avemarías suelen salir de Madrid, para volverse á sus aldeas, y entre otras vuelven muchas, con quien siempre se acompañaban las jitanas, y volvian seguras; porque la jitana vieja vivía en continuo temor no le salteasen á su Preciosa.

Sucedió pues que la mañana de un dia que volvian á Madrid á coger la garrama con las demas jitanillas, en un valle pequeño que está obra de quinientos pasos ántes que se llegue á la villa, vieron un mancebo gallardo y ricamente aderezado de camino: la espada y daga que traía eran, como decir se suele, un ascua de oro: sombrero con rico cintillo, y con plumas de diversas colores adornado. Repararon las jitanas en viéndole, y pusieronse á mirar muy despacio, admiradas de que á tales horas un tan hermoso mancebo estuviese en tal lugar á pié y solo. El se llegó á ellas, y hablando con la jitana mayor, le dijo: Por vida vuestra, amiga, que me hagais placer que vos y Preciosa me oyais aquí aparte dos palabras, que serán de vuestro provecho. Como no nos desviemos mucho, ni nos tardemos mucho, sea en buen hora, respondió la vieja; y llamando á Preciosa, se desviaron de las otras obra de veinte pasos, y así en pié como estaban, el mancebo les dijo: Yo vengo de manera rendido á la discrecion y belleza de Preciosa, que despues de haberme hecho mucha fuerza para excusar llegar á este punto, al cabo he quedado mas rendido, y mas imposibilitado de excusarlo. Yo, señoras mias (que siempre os he dar este nombre, si el cielo mi pretension favorece), soy caballero, como lo puede mostrar el hábito; y apartando el herruero, descubrió en el pecho uno de los mas calificados que hay en España: soy hijo de fulano (que por buenos respetos aquí no se declara su nombre), estoy debajo de su tutela y amparo: soy hijo único, y el que espera un razonable mayorazgo: mi padre está aquí en la corte pretendiendo un cargo, y ya está consultado, y tiene casi ciertas esperanzas de salir con él; y con ser de la calidad y nobleza que os he referido, y de la que casi se os debe ya de ir trasluciendo, con todo eso quisiera ser un gran señor para levantar á mi grandeza la humildad de Preciosa, haciéndola mi igual y mi señora: yo no la pretendo para burlalla, ni en las véras del amor que la tengo puede haber género de burla alguna: solo quiero servirla del modo que ella mas gustare: su voluntad es la mia; pero con ella es de cera mi alma, donde podrá imprimir lo que quisiere, y para conservarlo y guardarlo, no será como impreso en cera, sino como esculpido en mármoles, cuya dureza se opone á la duracion de los tiempos: si creéis esta verdad, no admitirá ningun desmayo mi esperanza; pero si no me creéis, siempre me tendrá temeroso vuestra duda: mi nombre es este, y díjosele: el de mi padre ya os le he dicho: la casa donde vive es en tal calle, y tiene tales y tales señas: vecinos tiene de quien podréis informaros, y aun de los que no son vecinos tambien; que no es tan oscura la calidad y el nombre de mi padre, y el mio, que no le sepan en los patios de Palacio, y aun en toda la corte: cien escudos traigo aquí en oro para daros en arras y señal de lo que pienso daros; porque no ha de negar la hacienda el que da el alma. En tanto que el caballero esto decia, le estaba mirando Preciosa atentamente, y sin duda que no le debieron de parecer mal ni sus razones ni su talle; y volviéndose á la vieja, le

dijo: Perdóneme, abuela, de que me tome licencia para responder á este tan enamorado señor. Responde lo que quisieres, nieta, respondió la vieja, que yo sé que tienes discrecion para todo. Y Preciosa dijo: Yo, señor caballero, aunque soy jitana, pobre y humildemente nacida, tengo un cierto espiritillo fantástico acá dentro, que á grandes cosas me lleva: á mí ni me mueven promesas, ni me desmoronan dádivas, ni me inclinan sumisiones, ni me espantan finezas enamoradas: y aunque de quince años (que segun la cuenta de mi abuela para este San Miguel los haré), soy ya vieja en los pensamientos, y alcanzo mas de aquello que mi edad promete, más por mi buen natural que por la experiencia; pero con lo uno ó con lo otro sé que las pasiones amorosas en los recién enamorados son como ímpetus indiscretos que hacen salir á la voluntad de sus quicios, la cual atropellando inconvenientes, desatinadamente se arroja tras su deseo, y pensando dar con la gloria de sus ojos, da con el infierno de sus pesadumbres; si alcanza lo que desea, mengua el deseo con la posesion de la cosa deseada, y quizá abriéndose entónces los ojos del entendimiento, se ve ser bien que se aborrezca lo que ántes se adoraba: este temor engendra en mí un recato tal, que ningunas palabras creo, y de muchas obras dudó: una sola joya tengo, que la estimo en mas que á la vida, que es la de mi entereza y virginidad, y no la tengo de vender á precio de promesas ni dádivas, porque en fin será vendida, y si puede ser comprada, será de muy poca estima: ni me la han de llevar trazas ni embelecós, ántes pienso irme con ella á la sepultura, y quizá al cielo, que ponerla en peligro que quimeras y fantasías soñadas la embistan ó manoseen: flor es la de la virginidad que á ser posible aun con la imaginacion no habia de dejar ofenderse: cortada la rosa del rosal, ¡con qué brevedad y facilidad se marchita! Este la toca, aquel la huele, el otro la deshoja, y finalmente, entre las manos rústicas se deshace: si vos, señor, por sola esta prenda venís, no la habeis de llevar sino atada con las ligaduras y lazos del matrimonio; que si la virginidad se ha de inclinar, ha de ser á este santo yugo, que entónces no sería perderla, sino emplearla en ferias que felices ganancias prometen: si quisieredes ser mi esposo, yo lo seré vuestra; pero han de preceder muchas condiciones y averiguaciones primero: primero tengo de saber si sois el que decís: luego, hallando esta verdad, habeis de dejar la casa de vuestros padres y la habeis de trocar con nuestros ranchos, y tomando el traje de jitano, habeis de cursar dos años en nuestras escuelas, en el cual tiempo me satisfaré yo de vuestra condicion, y vos de la mia: al cabo del cual, si vos os contentades de mí, y yo de vos, me entregaré por vuestra esposa; pero hasta entónces tengo de ser vuestra hermana en el trato, y vuestra esclava en serviros: y habeis de considerar que en el tiempo deste noviciado podria ser que cobrásedes la vista, que agora debéis de tener perdida, ó por lo ménos turbada, y viésedes que os convenia huir de lo que agora seguís con tanto ahinco; y cobrando la libertad perdida, con un buen arrepentimiento se perdona cualquier culpa: si con estas condiciones queréis entrar á ser soldado de nuestra milicia, en vuestra mano está, pues faltando alguna dellas, no habeis de tocar un dedo de la mia.

Pasmóse el mozo á las razones de Preciosa, y púsose como embelesado mirando al suelo, dando muestras que

consideraba lo que de responder debía. Viendo lo cual Preciosa, tornó á decirle: No es este caso de tan poco momento, que en los que aquí nos ofrece el tiempo pueda ni deba resolverse: volvéos, señor, á la villa, y considerad despacio la que viédes que mas os convenga, y en este mismo lugar me podeis hablar todas las fiestas que quisieredes, al ir ó venir de Madrid. A lo cual respondió el gentil hombre: Cuando el cielo me dispuso para quererte, Preciosa mia, determiné de hacer por tí cuanto tu voluntad acertase á pedirme, aunque nunca cupo en mi pensamiento que me habias de pedir lo que me pides; pero pues es tu gusto, que el mio al tuyo se ajuste y acomode, cuéntame por jitano desde luego, y haz de mí todas las experiencias que mas quisieres, que siempre me has de hallar el mismo que ahora te significo: mira cuándo quieres que mude el traje, que yo queria que fuese luego, que con ocasion de ir á Flándes enganar á mis padres, y sacaré dineros para gastar algunos dias, y serán hasta ocho los que podré tardar en acomodar mi partida: á los que fueren conmigo, yo los sabré enganar de modo que salga con mi determinacion; lo que te pido es, si es que ya puedo tener atrevimiento de pedirte y suplicarte algo, que si no es hoy donde te puedes informar de mi calidad y de la de mis padres, que no vayas mas á Madrid, porque no queria que algunas de las demasiadas ocasiones que allí pueden ofrecerse, me salteasen la buena ventura que tanto me cuesta. Eso no, señor galan, respondió Preciosa: sepa que conmigo ha de andar siempre la libertad desenfadada, sin que la ahogue ni turbe la pesadumbre de los celos; y entiénda que no la tomaré tan demasiada que no se eche de ver desde bien léjos, que llega mi honestidad á mi deservoltura; y en el primero cargo en que quiero enteraros, es en el de la confianza que habeis de hacer de mí: y mirad que los amantes que entran pidiendo celos, ó son simples ó confiados. Satanas tienes en tu pecho, muchacha, dijo á esta sazón la jitana vieja: mira que dices cosas, que no las dirá un colegial de Salamanca: tú sabes de amor, tú sabes de celos, tú de confianzas: ¿cómo es esto? que me tienes loca, y te estoy escuchando como á una persona espiritada, que habla latin sin saberlo. Calle, abuela, respondió Preciosa, y sepa que todas las cosas que me oye son monadas, y son de burlas para las muchas que de mas véras me quedan en el pecho. Todo cuanto Preciosa decia, y toda la discrecion que mostraba, era añadir leña al fuego que ardia en el pecho del enamorado caballero. Finalmente, quedaron en que de allí á ocho dias se verian en aquel mismo lugar, donde él vendria á dar cuenta del término en que sus negocios estaban, y ellas habrian tenido tiempo de informarse de la verdad que les habia dicho. Sacó el mozo una bolsilla de brocado, donde dijo que iban cien escudos de oro, y dióselos á la vieja; pero no queria Preciosa que los tomase en ninguna manera, á quien la jitana dijo: Calla, niña, que la mejor señal que este señor ha dado de estar rendido, es haber entregado las armas en señal de rendimiento; y el dar, en cualquiera ocasion que sea, siempre fué indicio de generoso pecho; y acuérdate de aquel refran que dice: al cielo rogando, y con el mazo dando; y mas, que no quiero yo que por mí pierdan las jitanas el nombre que por luengos siglos tienen adquirido de codiciosas y aprovechadas: ¿cien escudos quieres tú que desecho, Preciosa, que pueden andar cosidos en el alforza de una saya